



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

## ABDÓN DE PAZ



Un escritor distinguido  
que aventaja á los demás  
en que siempre habrá tenido  
*don* delante y *don* detras.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—En el álbum de Restituto, por José Pérez Zúñiga.—Lances del juego, por José López Silva.—La florista, por Ramón Caballero.—Trenes de recreo, por Francisco Flores García.—Nada de cuentas, por Eusebio Yrizar.—Cabaltería, por Simón Delgado.—No quiero duelos, por Luis Rojo Gantán.—Chistes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Abadía de Paz.—Los caballeros.—El sereno femenino, por Adolfo.



## EN PORTUGAL

En Espinho la vida es un soplo.

Se levanta uno á las siete, se lava de prisa y corriendo, se desayuna, y á ver el tren que llega de España cargado de bañetas. Después al correo á buscar los periódicos, y en seguida al café del antiguo hotel Braganza, donde se reúnen los españoles para hablar mal del Gobierno de Cánovas y discutir las pantorrillas de las tiples de moda. Á las once empieza á funcionar la ruleta, que no para hasta las cuatro de la tarde. Á esta hora la gente se va á comer, ó bien se arroja en brazos de la familia exclamando:

—¡Estamos perdidos!

—¿Por qué?—suele preguntar la esposa amante.

—Porque acabó de dejar mi última peseta en el número 36.

El juego ha dado lugar á sin número de escenas desgarradoras. Hay quien ha perdido su dinero y el de su mamá política, y ahora anda por estas calles con la faz descompuesta y las manos en los bolsillos, sin saber cómo salir del atolladero.

De cuando en cuando penetra en el café titulado de la *Gran viz reformada* y dice á los banqueros:

—Yo lo he perdido todo jugando á menores, y no puedo regresar á Almendralejo ni presentarme delante de mi esposa, que me ha amenazado con la mano del almirez. Ya no me queda más que este traje de lana dulce y un niño de cinco meses, que estoy dispuesto á jugarlo también. Lo he justipreciado en catorce reales.

Los banqueros se conmueven y dicen al infortunado jugador:

—Seré usted y quédese con la criatura. Lo que vamos á hacer es guardarle á usted el cocido sobrante, que puede usted pasar á recoger á nuestra casa todas las noches. No queremos que fenezca usted por falta de alimentación.

Aquí juega todo el mundo: desde un senador por derecho propio que está aquí veraneando y levanta muerdos siempre que tiene ocasión, hasta un joven jorobado que es flautín del teatro de Almorchón y duerme en la plaza pública dentro de una cesta.

El vicio domina por igual á la dama elegante y al pollo almirado, lo mismo á la joven sensible que al tendero de ultramarinos grosero y erisipeloso. El juego nos domina hasta el punto de renunciar á los encantos de la naturaleza, y nadie se cuida de ver cómo se pone el sol, ni cómo ruga el embravecido mar, ni cómo susurra el manso arroyuelo.

Ha llegado una compañía de zarzuela española, y nadie acude á aplaudirla. La otra noche puso en escena dos obras notables, y no pasábamos de quince los espectadores; y eso que en la representación toma parte el caballero *Giordano*, célebre ilusionista, que le corta á uno la cabeza y la pone en adobo delante del público; después encierra á una señorita en un baúl y se sienta encima; después abre el baúl, y en vez de la señorita aparece una merluza, ó un tricornio ó una escópeta de dos cañones. Son admirables los ejercicios de este famoso prestidigitador.

Peru la gente se va á la ruleta ó al casino (la *Assembleia*, que

dicen aquí), donde hay bailes todas las noches y donde lucen sus facciones varios chicos de España, bastante agraciados.

Aún no han dado principio los conciertos, pero uno de estos días cantará una joven de Don Benito, especialista en malagueñas, que llegó antes de ayer con su papá y un perro de lanas. Vienen los tres á bañarse, porque han tenido el moquillo y les han recetado los baños de ola y el azufre en las comidas. Ella no quería cantar, pero hemos ido á visitarla en comisión siete españoles caracterizados, y ha prometido exhibir sus dotes artísticas en la *Assembleia*. También cantará un joven portugués, que tiene voz de barítono y ha sido sereno en Coimbra. Él desempeñaba su oficio sin saber que tenía un tesoro en la garganta; pero le oyó cantar la hora un profesor de bandurria, y desde aquel instante quiso hacer del sereno un verdadero artista. Hoy canta como un ángel y además compone paraguas á precios módicos en la rua do Sa da Bandeira.

Su calidad de artista le ha abierto las puertas del casino, porque no todos tienen entrada en esta sociedad. Para ingresar como socio es necesario acreditar que no desciende uno de moros ni judíos y que es persona fina por todos conceptos.

Yo, para conseguir que me admitieran, tuve que valerme de uno que es ruletero, y como tal, persona de la mayor importancia en Espinho.

—Mira usted—había dicho yo á los de la junta,—yo soy de buena familia y tengo un tío segundo, por parte de madre, que está para ser conde de un día á otro.

Los de la junta estuvieron haciéndome preguntas sobre la limpieza de mi sangre y me examinaron el pescuezo para ver si lo tenía aseado; pero después de deliberar resolvieron no admitirme, en vista de que uso zapatos blancos y no me rizo las guías del bigote.

—Usted es persona muy ordinaria — me dijeron.—Aquí sólo admitimos gente elegante. ¿Sabe usted bailar los lanceros?

—No, señor; pero aprenderé si es necesario.

—Nada, nada; no puede usted entrar. Vamos á ver: ¿de cuántas partes se compone un rigodón?

—De cinco.

—¿Ve usted? ¿Ve usted cómo no tiene usted la finura necesaria para pertenecer al Casino?

Entonces fui á ver al ruletero, y éste garantizó mi conducta asegurándoles que no faltaría á ninguna de las prescripciones de la buena sociedad. Después, dirigiéndose á mí, me recomendó que no me llevase ningún gabán ni me quedara con el pañuelo de nadie.

Desde aquel día pertenezco á la *Assembleia* y me va perfectamente, porque allí me rozo con lo mejor y he adquirido ya algunas relaciones convenientes. Por de pronto, soy amigo de uno que se crió con Fabié y le trata de tu, y me ha dicho que en cuanto vaya á ésa va á pedirle para mí un destino en el Ministerio, al lado de Bustillo. Él, por de pronto, me pidió ayer dos duros para jugar á la ruleta y además le he prestado un pantalón mío, para hacer una visita, y por más señas no me lo ha devuelto aún; pero en cambio estoy entre personas finas, y esto siempre es hermoso.

Resumiendo: aquí se está muy bien, y si no fuera por el escándalo social del juego, Espinho sería delicioso.

Peru el juego ¡oh, el juego va socavando lentamente la base de muchas familias que llegan aquí en coche salón y regresan á su país en jaula, con billete de oveja!

El juego conduce al hombre á los mayores extremos...

En fin, voy á ponerle medio duro al 35.

LUIS TABOADA.

## EN EL ÁLBUM DE RESTITUTO

(MOZO DE CUERDA ÉL)

¡Oh tú, Sansón moderno,  
de diez años  
que en la esquina te pasas  
las horas muertas  
con un cordel al hombro  
tranquilamente,  
endulzando tu vida  
con aguardiente  
y diciendo unas cosas  
á las triadas  
que las dejan confusas

y horroresadas;  
tú, que de tus mayores  
hasste cu la zona  
heredero forzoso  
sin deds alguna,  
y que cargado vives  
y no te aplañas  
(aunque á vivir cargado  
tú no me ganas);  
tú, que puedes llamarte  
reloj viviente,

pues sin cuerda no marchas generalmente;  
tú, que aunque eres tan pobre como secundo,  
con frecuencia á la espalda te echas el *cuando*,  
y te engrías si alguna desventurada desde la misma puerta de su morada  
cuando pasas demuestra falso alborozo  
y te dice en tus barbas «Adiós, buen *moro*,»  
siendo así que hay quien goza de igual fortuna  
*manqué no lleve al hombro* cuerda ninguna;  
tú, que llevas encima por cuatro reales, cofres, muebles y curdas monumentales;  
tú, que vives casado con Paz Vicuña,  
la mujer más hermosa de la Coruña,  
la gallega de líneas

mejor trazadas y que tiene las carnes más apretadas;  
tú, que la das á veces dulces tormentos por la fuerza que tienen tus argumentos,  
temeroso, sin duda, de que se pierda, pues la mujer no tiene nada de cuerda;  
tú, que ves que te endilgo mi canto llano,  
cosa que hasta hoy no ha hecho ningún cristiano,  
sécame de una duda, si es que escamada tu señora por ello no se me enfada:  
¿cómo te las compones, buen Restituto,  
para hacerla dichosa siendo tan bruto?  
¿Cuántos tendrán envidia de la ventura que origina una buena musculatura!

JUAN PÉREZ ZÓÑIGA.

## LANCES DEL JUEGO

—Pues pasó lo que ocurre casi siempre, que uno de los que juegan es un cerdo sin crianza ni na, y el otro un hombre decente, pero guapo al mismo tiempo.  
—Vamos, sí; que le distes en la cara.  
—Te diré cómo fué, si es que me acuerdo. Salíamos los dos del *Abanico* de ver al *Felendengue*, que está preso, cuando al pasar por junto á la taberna de Inés la *Dislocá*, le dije: «Eusebio, te juego unas alubias ahora mismo á cuatro, á cinco, á seis, á siete juegos.»  
El fué y me contestó: «Pa luego es tarde.»  
Y yo le dije: «Arzando!» y nos colemos. Conque nos dió la *Dislocá* el epitome, ó sea la baraja; sacó luego dos reales de habichuelas superfinas, medio par de cuartillos de lo negro y un ceneque; después nos presinamos antes de prencipiar, con el objeto de que no nos inflasen las judías (y de cumplir de paso con el clero), y en menos que se cuenta, nos motimos entre pecho y espalda todo aquello.  
—Y entonces fué cuando se armó la bronca, ¿no es verdad?

—No fué entonces, aunque Eusebio me dió ocasión tres veces pa pegarle, porque á ese desahogado le hacen efecto las legumbres en cuanto que las prueba.  
—Esas cosas, los hombres de talento las oyen y se callan, Aquilino.  
—Cuando se oyen na más, santo y muy bueno; pero carcula tú!..

—Bien, al asunto.  
—Pues verás: la cuestión fué que acordemos, después de introducirnos las alubias, jugar á una partida de seis juegos, á la brisca, el importe del consumo, si sea una peseta y cuatro céntimos; y como que, si hay hombres en España que jugando á la brisca tengan suero, uno soy yo, me le llevé de calle lo mismo que el que lava.

—¡Ya lo creo!  
—Él, mientras que jugábamos, no hacía más que dar con los cascós en el suelo y hablar á las cosas de la iglesia, como sabes que falta á ca momento; pero yo, sin embargo, me achantaba pa no dar que decir, hasta que luego, él, que ya estaba visto que tenía la mar de ganas de tomarme el pelo, dijo una cosa fea de mi madre, con muy malas entrañas... ¿y yo entiendo!  
—¿Qué?

—Na, que me se hinchó la vena gorda y le llamé venazo. Nos levantamos; me escapó cuatro veces en la cara, hizo así, con el brazo y con el dedo, diciéndome: «Pa tí, melón de cueigale!» Levanté el puño, le cogí del lleno,

y total, que le puse las narices como una sobrasá.

—No, pues Eusebio no se iría á su casa de vacío. Me se figura á mí.

—No tuvo tiempo, porque yo le agarré, y al poco rato Inés la *Dislocá* se puso en medio, como siempre; llegaron los del orden, nos dieron dos patás de las de peso en semejante sitio, y en seguida se acabó la chapuza.

—Por supuesto que maldito el provecho que te harían á tí las habichuelas.

—¡Sí, provecho! Como que estoy desde antiyer mañana, por mor de las judías del almuerzo, con la mar de inquietas en el estómago y con una tristeza que no veo.

—¿Lo ves? Por juntarte con granajas.

—¿Qué quieres, éstas son cosas del juego.

J. LÓPEZ SILVA.

## LA FLORISTA

Beinda rosas que parece que las roba de su cara,  
pues bien competir pudieran en colores y en fragancia,  
mientras un millón de frases por sus oídos resbalan  
que, si flores para el cuerpo,  
son abrojos para el alma.

Ella, en cambio, da sonrisas llenas de intención y gracia,  
con las que, si pide mucho,  
á veces no ofrece nada,

aunque cada sonrisita es un raudal de esperanzas para el imbécil que torpe abusa de su desgracia,  
y á pretexto de una flor que compra, escupe en su cara todo el veneno que encierran sus repugnantes miradas.

Mas si no es necio el que mira, en adivinar no tarda tras el fuego de sus ojos el hielo de sus entrañas;  
caricias de vida dulce que dan una muerte amarga,

y siempre bajos servicios que el alto pudor desgarran,  
maga en forma de mujer, mujer con vuelos de maga,  
vergonzante mercachife de misteriosas infamias.

Aunque va con cara limpia, su conciencia es una mancha que agosta santas virtudes cultivando impías gracias,  
y como en el mundo hay tontos que, en lugar de pegar, pagan,  
al barro que la rodea como abeja falta de agua

acuden, comprando el lodo cual preciosa porcelana, y haciendo de la florista su reina en vez de súbdita,  
puesto que ella pone precio á las flores que regala,  
y cada una que la aceptan una fecha triste guarda.

Hasta que llega ese día en que su reinado acaba,  
y tiene que vender flores ¡á como quieran pagarlas!

RAMÓN CABALLERO.

## TRENES DE RECREO

Aunque estoy persuadido de que en este país pierde el tiempo lastimosamente todo el que se consagra á la enojosa tarea de denunciar abusos, voy á hablar, sin embargo, de los muchos que á diario comete la empresa del ferrocarril del Norte, á ciencia y paciencia del público y sin que nadie (la autoridad inclusive) le vaya á la mano en poco ni en mucho.

No sé por qué causa los periódicos de gran circulación tienen ciertos miramientos con esa y con otras empresas, llevando su comedimiento hasta el punto de pasar en silencio abusos verdaderamente escandalosos.

A esta categoría pertenecen los cometidos en los llamados trenes de recreo.

Aviado está el ciudadano pacífico que va á recrearse á cualquier pintoresco pueblecito cercano y toma billete para uno de esos trenes recreativos.

Si es en día de trabajo, menos mal: siempre sufrirá molestias é incomodidades—entre ellas la parsimonia de la marcha, pues parece condición precisa del tren de recreo el andar poco;—pero aún se pueden soportar, con resignación cristiana, los pequeños abusos de esos días.

En domingos y demás fiestas de guardar, el abuso es de todo punto intolerable.

Una nube de cazadores cae sobre la estación, asalta los trenes y llena los coches.

Cada cazador va, como es consiguiente, provisto de su escopeta, de su *morra*, y de su *reclamo* y de otros chirimbolos necesarios é indispensables al noble ejercicio.

Además de lo que ocupan y emborizan esos arreos, agregue usted la economía de coches (lo que hace que vayan los viajeros como sardinas en banasta) y la inquietud y sobresalto de las tímidas viajeras (pobrecitas!) al ver tanto caballero armado, sabiendo (por haberlo oído decir) que el diablo las carga; y que, por esa razón, puede fácilmente dispararse alguna de aquellas escopetas.

El viaje de ida—por esas razones y otras muchas que omito—

# LOS CABALLEROS



Así se arreglaban antes las cuestiones de celos.



Y así se arreglan ahora.

resulta incómodo, molestísimo, casi insufrible; pero... el de verdad... imposible de todo punto.

En el de ida, los cazadores tienen la atención de enviar los perros... a su sitio, es decir, a la perrera, y el viajero profano, ó más propiamente dicho, el que no se dedica al noble ejercicio de la caza, sólo tiene que sufrir el morral, la escopeta, el reclamo, etc.

Para al volver ¡oh, dioses inmortales! la cosa varía por completo.

Desde Villalba para acá no hay momento seguro ni instante de tranquilidad.

El tren corto del Escorial lleva su *cortada* hasta el extremo de enganchar menos coches de los que se necesitan; pero no es eso lo peor, sino que en todas las estaciones—desde la sombría residencia del gran Felipe hasta la villa coronada—aguardan, ó por mejor decir, *acaban* peligrosos grupos de cazadores que, después de haber *gastado* el día en el noble ejercicio, regresan al hogar alegres y satisfechos.

En todas esas estaciones para el tren muy poco tiempo, y en esos espacios brevísimos se verifican asaltos formidables.

Los cazadores caen sobre el tren y en él se encajan, quepan ó no quepan, ¡que no caben!...

Los que no hayan viajado por esa línea en esas circunstancias, no querrán creer (porque hay cosas que aun vistas parecen increíbles) que los cazadores se *cuelan* en el tren con todos los arreos antes mencionados, mas la caza del día (ó de los días) y además—¡esto es lo gordo!—con... los perros respectivos... haya ó no haya sitio.

Los conejos y las perdices, víctimas del noble ejercicio, manan sangre (que no me atrevo á llamar generosa), y tiene usted la probabilidad de entrar en Madrid ensangrentado y caer en manos de algún policía bruto que le prenda como presunto asesino; los perros ladran (y hasta pueden morder, si gustan); las señoras se asustan al sentir los canes entre las piernas; los chiquillos gritan y lloran amargamente; los cazadores disputan recia y pintorescamente entre sí; van en cada departamento más cosas y personas de las que buenamente caben... y con una temperatura asfixiante, se desliza majestuoso y tranquilo, á paso de carreta, hacia este centro de la civilización que dicen Madrid, el delicioso tren de recreo...

\*\*\*

Lo que antecede es pálido bosquejo de lo que ocurre.

¡Sí, pálido!...

La realidad, en muchos casos, va más allá que la imaginación.

Cuando se trata de abusar del público, en cualquier ramo de la administración, la realidad no va más allá de la fantasía... sino del delirio.

¿Puede concebirse, ni aun en obra simbólica disparatada, que los perros viajen con las personas en trenes públicos que tiene la obligación de vigilar el Estado?...

Puedo exclamar con el personaje de Alfonso Daudet:

«¡Yo lo he visto, yo!»

Lo cual que me he jurado solemnemente no volverlo á ver.

Un detalle gracioso, en cierto modo, y edificante:

Cuando había llegado á su mayor esplendor y desarrollo la vista del proceso del *matute*, pude observar (en un tren de recreo) que algunos cazadores trataban de ocultar entre sus ropas las piezas *cobradas* (creo que se dice así) para no pagar derechos de consumo.

Y dije para mí una vez más:

—¡Oh! ¡La ejemplaridad!

Estos trenes de recreo ensanchan el alma (aunque martirizan el cuerpo), abren el apetito y despiertan la sed.

La sed de justicia.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

SALDO DE CUENTAS

—¿La condesa del Sarmiento está en casa?

—No lo sé.

Ahora lo preguntaré, si se aguarda usted un momento.

—¿Quién le dirá que la espera?

—Dígale que está Bautista.

Ya me conoce, el mueblista de la calle de Montera,

que le hizo hace un año á más un sofá y un entredós,

y no cobra ni por Dios ni el entredós ni el sofá.

—¿Bautista?... ¡Pues... no está, no!

¡Salí á misa muy de prisa!

—¿Qué gracia! ¡Nunca va á misa mas que cuando vengo yo!

Pues supá usted que hace días estoy ya tan abronca,

que el día menos pienso hago alguna de las mías.

—¿Y lo hago como lo digo!...

—Pues, hijo, no está ahora en casa.

—¿Díe que no está? ¡Qué guasa!

—¿Se va usted á quedar conmigo?

Lo que le digo á usted es que, si yo vengo hoy aquí,

no es por gusto y porque sí; es porque estuve hace un mes

y traté con la condesa,

con la finura que hoy lo hago,

de cuándo iba á hacerme el pago de la cuentecita esa.

—¿Y qué dijo mi señora?

¡Claro está! ¡Se enfiadaria!

—Me dijo que no podía pagármela por ahora,

y como eso era un perjuicio,

yo le pregunté que cuándo,

y ella me dijo gritando:

«¿Qué cuándo? ¡El día del juicio!»

¡Conforme—dije—con eso!

Y como era natural,

fuí al juzgado municipal del distrito del Congreso.

La demandé, con razón,

ante el Código civil,

y esta tarde un alguacil

le traerá la citación.

—¿Una citación?

—¡Del juez!

—¿Para un juicio?

—¡Por tramposal!

¡Me parece que no es cosa de que no cabre esta vez!

Así aprenderá quién soy en asuntos de mi oficio.

—No dije el día del juicio?

Bueno, pues el juicio es hoy.

—¿La condesa en un juzgado?

¡Qué horror!

—¡Lo tengo resuelto!

—¡Espere! ¡Veré si ha vuelto!

¡Síntese si está cansado!

.....

.....

—Mi señorita asegura que hoy mismo, con el cochero,

le iba á mandar el dinero á que asiente la factura.

Que dispense que no heje,

y además, me ha preguntado que por qué se ha molestado en hacer está este viaje...

Ahí va el dinero.

—¡Corrientel!

—¡Los seis mil reales cabales!

—¡Y á seis mil puercos reales tanto tiempo! ¡Qué indecentel!

Ahora haga usted el favor, ya que tanto se interesa,

de decirle á la condesa que otra vez pague mejor.

Que se la he dado con queso,

porque no es cierto que he estado á sitarla en el juzgado del distrito del Congreso.

.....

LA CONDESA

—¿Conque no ha estado? ¡Qué graciel!

¡Miren con el mamarracho!

¡Siempre, siempre el popalacho que explota á la aristocracia!

FIACRO VRÁYROZ.

GALANTERÍA

I

—Hijo, empiezas á ser hombre.

Muy pronto, tal vez mañana,

tendrás que ocupar mi puesto en el campo de batalla.

La vida es cosa difícil

y requiere mucha práctica,

que has de adquirir por tí mismo entre placeres y lágrimas.

Mi experiencia no te sirve aunque yo pudiera dártela,

porque á cada triqui-traque varían las circunstancias.

Creo que has de ser honrado,

y con ser honrado basta,

porque el alma buena vale por todas las enseñanzas.

Y si yo te doy consejos,

y tienes la sangre mala,

viene á resultar lo mismo que escribidos en el agua.

Sólo una cosa te encargo

que es un don de nuestra casta,

y es la humildad con los débiles

y la atención con las damas.

Dirás que esas son dos cosas

á juzgar por las palabras,

pero en el fondo son una bien definida y bien clara.

La mujer, sólo por serlo,

vieja ó joven, alta ó baja,

merece ser por los hombres

defendida y respetada.

Sus caprichos serán leyes,

las ofensas que les hagan

las tomarás como tuyas

al objeto de vengarlas.

Por desdicha, en estos tiempos

ya no tenemos espadas,

pero el corazón las suple cuando del honor se trata.

Y el honor de un caballero

va tan ligado á las faldas

que, siendo varón, le tienes en las ajenas enaguas.

Se, pues, cortés y galante

por donde quiera que vayas,

y mádate por servirías

y muere por obsequiarlas.

Falta á los hombres, si quieres,

que pegan á quien les falta,

pero á las mujeres, ¡nuncal

¡porque eso es ser un canalla!

II

—Pero ¿qué es esto, hijo mío?

¡Las tres de la madrugada!

¡Te parece que son horas éstas de venir á casa?

—Perdón; la culpa no es mía.

Una señora muy guapa

me dijo:—Pase usted, joven,

y yo, por no desairarla...

SINESIO DELGADO.

NO QUIERO DUELOS

En cierto semanario de Cogollado se atacó con malicia muy comentada el honor siempre limpio de un tartamudo que se había comido mucha cebada.

En él se le acusaba sin disimulo de que en cierta contrata de provisiones, concluyó con la vida de un pobre mulo por no suministrarle bien las raciones.

Era el caso de aquellos en que se siente la sangre de las venas latir con brío, y el tartamudo quiso su noble frente alzar con un orgullo fiero y bravo.

Con la pluma en la mano, rojo de ira, sobre el papel ya viejo de un pergamino escribió veinte veces: «Eso es mentira, eso es obra y calumnia de un asesino.»

Y después de arrojarle muchas vilezas ante el vasto congreso de cien lecturas, eligieran padrinos de sus proezas que fueran de su honra los redentoras.

Y en todo Cogollado sólo se oía una voz misteriosa de acanto hrato que presagiaba al pueblo funesto día de venganza sangrienta, de horror y luto.

Sus mujeres, sus hijos y sus parientes daban á los duelistas ciertos consejos, que todos escuchaban los dos valientes, como si en vez de hombres fueran conejos. Y es que al llegar á un punto las discusiones en que el honor se rasga como una tela, no valen para nada ni las razones de la santa familia que nos consuela.

En justo desagravio del periodista, y en la digna defensa de su adversario, reunidos en casa de una modista que trabaja de noche lo necesario, en consejo discuten interminable los padrinos, formando casi una bola, si ha de ser el encuentro serio y á sable, ó si ha de ser lo mismo, pero á pistola.

Mas dando á sus palabras distinto giro, con actitud sincera, noble y compacta, deciden los varones del cuadrifunero que todo convertido quede en un acta. Acta tan salvadora, que con su influjo de los dos contendientes la ira romedía, dejando que la honra salga con lujo sin las manchas de sangre de una tragedia.

Aseguran los cuatro que fué un sargento el autor de la muerte ya referida, expulsado más tarde del regimiento por ser algo devoto de la bebida. Y el contratista ¡es claro! que siendo ajeno del bruto de los autos á la desgracia, justifica *ipso facto* que dió el centeno y demás cererías hasta con gracia.

El periodista supo por unos hombres lo que dijo del malo con inocencia, ignorando las señas y hasta los nombres de los viles cansantes de la pendencia. Y como es ya probado su estilo culto, y lo mismo el del otro, sabe la gente que no se han dirigido ningún insulto que pueda ser motivo del incidente.

Y todo Cogolludo, muerto de risa, oyó el honroso arreglo de dos rivales que ostentan en el mundo como divisa no tolerar de agravios ni aun las señas; y yo les digo á ustedes que si cualquiera, con razón ó sin ella, me lanza un reto, le doy de garrotazos en la mollera, ya que á los desafíos no me someto.

LUIS ROJO GANTÍA.



Este número sale á la calle y llega á provincias á su debido tiempo por patentísimo milagro de la Divina Providencia.

Cilla no está en Madrid *tempore* (y digo tampoco, porque casi no queda nadie aquí), está en Salamanca, y desde Salamanca nos remite con puntualidad los miércoles los dibujos de las cuatro planas, que han de empezar á tirarse el jueves en la litografía.

Bueno, pues pasó el miércoles y el jueves, y... nada, el paquete certificado no venía.

Y no ha venido á estas horas.

Le preguntamos la causa por telégrafo, y nos contestó que los *monjes* certificados habían salido ó debido salir de Salamanca el miércoles.

Pero se conoce que se han traspapelado por esas ambulancias de Dios, y nos han hecho un flaco servicio. ¡Calculen ustedes! Todo el mundo ha tenido que trabajar de noche y... En fin, no quiero acordarme de eso.

De lo que si quiero acordarme es de dar las gracias á *Macabís* que, portándose como verdadero amigo, trabajando de firme y con una puntualidad que le honra, nos ha sacado del compromiso gordo en que nos había metido el correo.

Y quiero que de paso sirva esto de explicación á los señores anunciantes, que no ven cumplidos sus encargos en el presente número.

Pero los verán en el que viene, si parece el paquete... y aunque no parezca, porque los haremos nuevecitos.

—Mire usted, don Crescencio, yo no puedo dormir por las noches. ¡Este calor me aboga!

—Señora, haga usted lo que yo.

—¿Qué hace usted?

—Poner la tinaja al balcón envuelta en unos trapitos mojados.

—¿Y qué adelanta usted con eso?

—Mucho, porque me mata yo dentro de la tinaja.

—¿Qué cara! —te dicen todos al verte, Lola del alma. Yo sí que puedo decir:

—¿Qué cara! ¡pero qué cara!

PEDRO ESTAÑONI.

Con grilletes y cadenas me llevaron prisionero... ¡Y luego dirán las gentes que fui siempre mal sujeto!

Dices que ya no me quieres, como si dijeras algo; yo buscaré quien me quiera, y un clavo saca otro clavo.

AMADOR ELIZONDO.

Libros:

*Lágrima Christi*, juguete cómico-lírico en un acto, original de los señores D. M. de Rojas y D. R. Lobo Regidor, música del maestro San José, estrenado con gran éxito en el Teatro de Recoletos, donde sigue representándose.

*Los políticos de Valencia y su provincia*, por D. Donato González Andrés. Cuaderno 21.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*A mi discípulo.*—May bien, pero no me gusta el asunto. Y el final tampoco.

*A. K. Femen.*—Se aprovechan algunos.

*Un pobreto.*—No hay más que escoger mejor los asuntos, porque el de ésa es una vulgaridad muy grande, y es lástima, porque está versificada con facilidad y soltura.

*Pepé.*—Antequera.—¡Ojo al Cristo y ojo á las sílabas! Porque á lo mejor se escapan algunas. Por ejemplo:

«y con la mayor sangre fría»

quiere tener ocho y tiene nueve. Es decir, que le ha salido una más de las que él quería tener.

Sr. D. B. L.—Madrid.—Además de que la idea está desarrollada sin picardía, es decir, con sencillez extrema, las asonancias abundan lastimosamente.

Sr. D. A. M.—¡Caramba! Creí haber contestado. Y puede que no me equivoque, porque por falta de espacio no entró en el *ajuste* media *correspondencia*. Por si acaso, conste que está admitida la composición titulada *Prevenimiento* y que ésa de hoy... casi no me gusta.

*Juli Benig.*—No señor, la última remitida no ha entrado en turno. Procure no hacerlas tan extensas.

*Quintillas.*—Venga la firma á escape.

*Péimetre.*—No es apropiado para el periódico. Del sainete que pide no hay ejemplares... por ahora.

Sr. D. M. P.—Valencia.—Lo malo es que empezar la composición en estilo levantado para acabarla con una cuchufleta es sistema pasado de moda. Lo inventó y agotó M. del Palacio.

Sr. D. M. J. M.—Creo que, á pesar de subrayar las palabras, el lector no se enteró de pronto de la intención, y por consiguiente, el final no resulta.

*Doct. Lata.*—¡Vaya si publicaremos esa receta! Pero tiene que ser en número extraordinario y con dibujos tirados en colores, para que la explicación sea más fácil. ¿No le parece á usted?

*Llanimua.*—Eso es para decirselo á ella sola al oído... y suponiendo que no entienda de versos.

Sr. D. J. J. P.—Madrid.—Mil gracias por el bombo. Pero aunque el soneto fuera una filigrana, ¿cómo iba yo á publicarle aquí? Sería alabarme yo mismo.

Sr. D. P. C.—Madrid.—Ha ido usted á escoger los *ingleses* y los *sablazos*, que son cosas mandadas retirar de la poesía festiva.

Sr. D. J. R. P.—Sevilla.—Digo á usted exactamente lo mismo que á D. M. P. de Valencia.

Sr. D. L. P.—Granada.—Hombre, no; el decir *eseo* se ha dicho muchas veces no es acusar de plagio, porque las cosas se dicen de varias maneras. Cuando yo quiero dar á entender que es plagio, lo digo con todas sus letras, y probándolo si á mano viene.

*Marote.*—«Soñaba que en tus brazos de amor desfallecía y que feliz gozaba de celestiales...»

Pero lo malo es que los sonetos se escriben en endecasílabos y esos dos versos no son endecasílabos.

*Un hortera.*—Vamos á ver el soneto:

«Cansado y fatigado de cruzar por altos riscos y escabrosas breñas á la sombra de una enorme peña cesa mi ruta para descansar.»

¡Cristo padre! Y sigue peor todavía. Porque aconsonanta usted *breñas*, *peña*, *quedo* y *seña*, y luego *cinco* y *seria*... En fin, no tiene desperdicio.

¿*Sirve?*—Ello tiene un saborcillo clásico que no le sienta mal, pero la conclusión es una vulgaridad muy grande.

*Abogaca.*—No he visto nunca más asonancias juntas. Parece que las ha puesto usted apropiado.

Sr. D. A. A.—Valencia.—Pero ¡caramba! si es muy triste. Y no sólo es triste, sino que parece una declaración amorosa en toda regla, de las que se deben hacer particularmente.

## EL ETERNO FEMENINO



Pres su mujer le pone en ridículo.



Con éste.

Lat. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

## ANUNCIOS

### MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

#### PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.  
A corresponsales y vendedoras, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

### ESPAÑA CÓMICA

ALBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadrada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.

### LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS  
Medalla de oro, por sus Chocolates.  
Medalla de oro, por sus Cafés.  
Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTEA, 8, MADRID

Biblioteca de MADRID CÓMICO

### PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DISEÑOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 300 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales. DOS.

### COLECCIONES DE MADRID CÓMICO

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadrar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadrado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.